

BORGES

VA AL CINE

Gonzalo Aguilar

Emiliano Jelicié



LIBRARIA

Gonzalo Aguilar es doctor por la Universidad de Buenos Aires e investigador del Conicet. Fue profesor visitante en las universidades de Stanford y Harvard (EE. UU.) y en la Universidad de San Pablo (Brasil). Publicó, entre otros libros, *Poesía concreta brasileña. Las vanguardias en la encrucijada modernista* (Beatriz Viterbo; traducido al portugués), *Otros mundos. Un ensayo sobre el nuevo cine argentino* (traducido al inglés) y *Episodios cosmopolitas en la cultura argentina* (estos dos últimos con Santiago Arcos Editor).

Emiliano Jelicié es licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires y ha estudiado cine en la carrera de Artes. Ex miembro del equipo de redacción de la extinta revista electrónica *Otrocampo*. *Estudios sobre cine*, en los últimos años ha dado charlas y coordinado mesas redondas relacionadas con el cine, y se ha dedicado a la docencia. Actualmente, se encuentra en proceso de realización de un film documental sobre el escritor Carlos Correas, que codirige junto a Pablo Klappenbach. *Borges va al cine* es su primer libro publicado.

LIBRARIA

Borges va al cine

Gonzalo Aguilar
Emiliano Jelicié

LIBRARIA

Índice

	Entrada a la sala. Épica del hombre que está solo	7
1	La prueba del cine	11
2	Un intruso en el cineclub	25
3	Fervor del Mississippi	35
4	La fiebre del cine nacional	43
5	Avatares de la palabra. <i>Talkies</i> , subtítulos y doblaje	69
6	Querer ser otro	89
7	Emma Zunz va al cine	99
8	Borges en el país de los sóviets	111
9	La cosa horrible	123
10	Adaptarse al medio	139
11	El espectador ciego	173

Entrada a la sala. Épica del hombre que está solo

En la pantalla se lee el cartel “*No trespassing*”. La música de Bernard Herrmann comienza a fluir como las imágenes de Xanadú, la mansión del magnate Charles Foster Kane. Inesperadamente, en la sala oscura se sienten murmullos y casi imperceptibles movimientos. En la sala Leopoldo Lugones del Teatro General San Martín, no siempre las cosas funcionan de un modo ideal: a veces la película se interrumpe, los rollos están cambiados, o un jubilado, que prefirió dormir la siesta en el cine, ronca en la fila de atrás. Pero esta vez no se trata de un error, sino de un acontecimiento: lo que a primera vista son unos bultos que se tambalean por el pasillo, comienzan a ser dos cuerpos acompañados por el ruido de un bastón. Jorge Luis Borges, con María Kodama que lo lleva del brazo, entra al cine para ver *El ciudadano* (*Citizen Kane*) de Orson Welles.

En 1941, Borges se sintió abrumado por el film y dejó constancia de ello en una reseña en la revista *Sur*: la historia de Charles Foster Kane le había recordado al *Eclesiastés*, a Franz Kafka, a Macedonio Fernández.

Pues bien, cuarenta años después, Borges ha vuelto. Ciego, con ochenta años, se interna otra vez en ese “laberinto sin centro” que era para él *El ciudadano*. Borges, que casi había nacido con los primeros films mudos, nunca –ni aun habiendo perdido la vista– dejó de ir al cine. Todas las semanas, a veces en días consecutivos, vidente o ciego, fue un espectador de un fervor constante, indeclinable, épico.



Una tarde de principios de los ochenta, entonces, le leen en un periódico que en la sala Lugones exhiben *El ciudadano* de Orson Welles. Cuarenta años antes había afirmado que la perduración de *El ciudadano* sería similar a la de una antigualla venerada que nadie se resignaría a rever. Ahora, sin embargo, está entre nosotros, sentado en la butaca, con una pasión por las imágenes cinematográficas que supera la mera imposibilidad de verlas.

* * *

Este libro no es un libro sobre Borges guionista, aunque eventualmente se hable de ello. Tampoco es sobre los modos en los que el cine se ha apropiado de él o ha adaptado sus historias. *Borges va al cine* intenta construir el mundo cultural e histórico en el que Borges vio las películas y escribió sobre ellas. Consideramos los textos en sí mismos, pero sobre todo el entorno con el que se relacionan. Ya desde sus primeras incursiones en el *biógrafo*, como le gustaba llamar al cine, Borges sentó sus posiciones en una encendida discusión con sus contemporáneos. De eso tratan los dos primeros capítulos, “La prueba del cine” y, sobre todo, “Un intruso en el cineclub”. El capítulo que le sigue, “Fervor del Mississippi”, se ocupa del auge de la cultura negra en Buenos Aires y en algunos ecos que se leen en el Borges de los años treinta. “La fiebre del cine nacional” trata sobre la enrevesada relación que tuvo con el cine argentino:

una vez más, nos interesan sus opiniones pero también las diferentes posturas de los diversos actores sociales. Algo similar sucede con su ensayo “Sobre el doblaje” publicado en *Sur*, que adquiere nuevos sentidos a partir de los datos que ofrecemos del contexto en “Avatares de la palabra. *Talkies*, subtítulos y doblaje”. En “Querer ser otro” se examinan las relaciones de Borges con las *stars* del cine y se retoma, ahora a partir de la figura del personaje, la cuestión de la épica en el cine. “Emma Zunz va al cine” y “La cosa horrible” hablan de la historia de dos adaptaciones (*Días de odio* de Leopoldo Torre Nilsson y *La intrusa* de Carlos Hugo Christensen) que Borges entendió como ultrajantes y ofensivas, aunque nosotros sostenemos que ambas películas tienen varios atractivos que, por supuesto, estaban fuera de la órbita borgiana. “Borges en el país de los sóviets” relata la intensa y crispada relación del escritor con el cine de Eisenstein y también una historia brevísima de cómo estas películas llegaban al país y dónde se exhibían. “Adaptarse al medio” continúa en la misma línea y expone cómo Borges, exceptuando *Invasión* de Hugo Santiago, nunca pudo insertarse con felicidad en la fábrica de imágenes. El oficio del cine, que pudiera haber significado una alternativa estética y económica, no fue otra cosa que la repetición fatal y en continuado de la desazón y el fracaso. Finalmente, “El espectador ciego” reseña algunas anécdotas de Borges en su frecuentación de las salas. No es un dato menor, como intentamos mostrar en este capítulo, que el cine imponga *otro tiempo* de escritura, dimensión rítmica que influye tanto en su concepción de la narración como en su actividad de crítico. “El espectador ciego” muestra algo más: que pese a ser ciego y contra todas las previsiones, Jorge Luis Borges nunca dejó de ir al cine.



Jorge Luis Borges

Colección *Los escritores van al cine*

Dirigida por Gonzalo Aguilar

De entrada, Gonzalo Aguilar y Emiliano Jelicié anuncian el blanco: restituir el contexto histórico, social, cultural en que Borges fue al cine a lo largo de su vida. Y lo que surge no es solo la silueta de ese hombre desdichado, malicioso irrefrenable y *bricoleur* genial; es la Argentina de los conservadores, y la de Apold, con todas sus contradicciones. Lo leí de un tirón, divertido y sorprendido por muchas informaciones que no tenía.

Los autores proponen un *Borges va al cine* que me dicen haber escrito "bajo el influjo benéfico" de un librito del que he tomado distancia: hace muchos años, el que yo era entonces cometió un volumen que mereció reediciones con nombres variables: *Borges y el cine*, *Borges en/y/sobre cine*, *Borges y el cinematógrafo*. Hoy me halaga que Aguilar y Jelicié lo recuerden y solo deseo que este, el libro de ellos, excelente, borre la existencia de aquel otro.

Edgardo Cozarinsky



9 789872 640309

LIBRARIA